3

EL ESPAÑOL,

Y LA FRANCESA.

COMEDIA EN UN SOLO ACTO.

Con licencia. En la imprenta del Diario de Madrid, año de 1816.

PERSONAS.

Doña Teresa.	Sra. Agustina Torres.
D. Fernando.	Sr. Isidoro Mayquez.
Picard......	Sr. Bernardo Avecilla.
Canuto......	Sr. Antonio Guzman.
Juanillo.....	Sr. Tomas Lopez.

Empieza Canuto abriendo la puerta de la derecha, y sacando la cabeza, como que observa si hai gente.

Canuto.

No hai nadie: bien puedo entrar
sin riego de que me vean. *Entra.*
¡Qué ocasion tan excelente,
si acaso Doña Teresa
se dexó el cuadro!..... Sí, ya
se descuidará. . . . . ¡Ah, francesa
astuta y desconfiada!
No habrá forma de que pueda
ver ese maldito cuadro
que pinta con tal reserva
mi ama. ¡Qué maliciosa!
Tiene cerrada la puerta
cuando está pintando, y luego
en dexándolo se lleva
el cuadro. ¡Cuán cierto es
que no hai en toda la tierra
mugeres mas maliciosas
que estas malditas francesas!
Bien decia mi señor
cuando dixo, hablando de ellas:
Muñecas en el vestir,
deidades en la belleza,

beletas en la firmeza,
discretas en el decir:
dichoso á quien una escoja
con el nombre de querido;
pero en cuanto á su marido,
doblemos aqui la hoja.
Este retrato hizo mi amo;
pero al fin su parentela
le obligó á que se casara
con una madamisela,
con una de esas madamas,
que asi la aguja manejan
como la pluma y el lapiz.
¡Qué bien decia mi abuela!
Enseñar á una muger,
es como poner dos flechas
en las astas de un novillo:
harto mal hace sin ellas
el animal; y harto sabe
una muger, sin que vengan
á enseñarla. Ya se ve,
mi amo que se recela
del talento de su esposa,
ha dado en tener sospechas
y celos Como conoce
que las señoras francesas
salen solas por las calles,
van á cualquier concurrencia
sin sus esposos, y admiten

con una alegre franqueza
los obsequios de un amigo,
piensa que en la patria nuestra
se han de hallar mal avenidas,
y han de echar menos aquellas
libertades. De aqui es
que el buen hombre se desvel-
por observar su conducta;
y que fingiendo una ausencia,
viene á rondarla la calle
con músicas, y con muestras
de un galan que la pretende.
Por fortuna hasta ahora ella
ni siquiera se ha asomado,
sin embargo que se alegra
apenas oye el jaleo,
y es regular que asi sea.
¿Pues qué no debe extrañar
verse encerrada, cuando era
dueña de su voluntad
allá en su patria? ¡Y qué diestra
es la tal niña! ¡cual sabe
acomodarse á la regla
de nuestros usos! De antes
queria ser la primera
en el teatro, en el paseo
y en los bailes; pero apenas
faltó de casa su esposo,
ni siquiera á una comedia

quiere asistir. ¡Oh! todo esto
es disimulo, apariencia
y no mas. Segun yo pienso
ella en secreto concierta
alguna cosa. Ese diablo
de cuadro, que con reserva
está pintando. . . Si acaso
en su memoria conserva
la imágen de algun amante,
y ya que verle no pueda,
se divierte en retratarle.
Ello, sea lo que sea,
lo cierto es que nos le oculta,
y solo le manifiesta
á ese Mr. Picard.
Mi amo no tuvo prudencia
cuando la dexó traer
ese criado que ella
tenia en Paris. ¡Qué muñeco
tan insufrible! Se empeña
en ser mi amigo, y yo siempre
le desairo. No, las hembras
de España no le disgustan;
y luego, como en su tierra
se usa abrazar á las damas,
quiere hacerlo con las nuestras,
diciendo es marcialidad.
Vean vmds. mi Anacleta,
que cuando yo era su novio

estaba noches enteras
debaxo de sus ventanas
aguardando á que tosiera;
y en oyéndola toser,
iba con todas las muestras
de galan favorecido:
que no me atreví siquiera
en cuatro años á tocar
un dedo suyo; y apenas
llegó á casa este franchute,
cuando de buenas á buenas
la dió un abrazo en mis barbas.
No le rompi la cabeza
porque luego no dixesen
que..........

Sale Doña Teresa por la puerta del foro.
Doña Teresa dentro todavía.
¿Picard?

Canuto.
Ya Doña Teresa
llama al dichoso Mr.

Doña Teresa saliendo.
¿Picard?

Canuto.
No está aqui.

Doña Teresa.
¿Ah, tú eras?
Toma ese cuadro.

Canuto.

Allá voi.
Oxalá verle pudiera. (*Entra por el cuadro al foro: éste está cubierto con un tafetan. Lo saca y pone en un caballete.*)

Doña Teresa.

Que le cojas por detras.
Ola: ¿vuelves la cabeza?

Canuto.

No soi curioso.

Doña Teresa.

Bien haces.
No, tonto, dale la vuelta
hácia aqui: bien: de ese modo.....
Cualquiera que abra la puerta
puede verle, y yo no quiero
que le vean.

Canuto.

¡Qué cautela!
Que me maten, si no hai trampa *Ap.*
en el cuadro.

Doña Teresa.

¿Desapruebas
mi reserva?

Canuto.

No señora;
pero hablando con franqueza...

Doña Teresa.

¿Te alegráras ver el cuadro?

Canuto.

Como eso posible fuera. . . .

Doña Teresa.

¿Qué, te gustan las pinturas?

Canuto.

En general.

Doña Teresa.

Pero ésta
en particular.

Canuto.

Señora,
vive el cielo que dais muestras
de ser maliciosa.

Doña Teresa.

¿Si?
en general.

Canuto.

No quisiera
que sospechaseis de mí.

Doña Teresa.

¿Qué causa das por que pueda
sospechar de tu conducta?
Yo sé que mientras la ausencia
de mi esposo, no te apartas
de mi gabinete.

Canuto.

Es esta
la costumbre de mi patria.

Doña Teresa.

Es indagar cuanto hace ó piensa
el ama, para contarlo
á su esposo cuando vuelva:
¿es tambien esta costumbre
de tu pais?

Canuto.

Estad cierta
de que yo no soi espía.

Doña Teresa.

¿Y qué arriesgo en que lo seas?

Canuto.

Ni he escrito nada á mi amo
de ese hombre que se empeña
en daros música.

Doña Teresa.

A bien
que dado que lo escribieras,
deberias añadir
que no me asomé siquiera
por mera curiosidad.

Canuto.

Ni escribí que con reserva
estais haciendo un retrato.

Doña Teresa.

¡Retrato! Saber quisiera
de qué sabes que es retrato
lo que pinto.

Canuto.

Lo sé.......Es fuerza
inferirlo del tamaño
del cuadro.

Doña Teresa.

Pues es sospecha
y no mas. Lo que yo pinto
es una Venus.

Canuto.

¡Qué buena!...... *Rie.*
¿Una Venus?

Doña Teresa.

Si señor.

Canuto.

Vaya, no me hagais que pierda
la paciencia y diga.......

Doña Teresa.

¿Qué?......

Canuto.

Que todo es estratagema.
Si la veo los botones.
Ciertamente es moda nueva
poner chaleco á una diosa.

Doña Teresa baxando el tafetan para acabarlo de tapar.

Malhaya mi inadvertencia.

Canuto.

No le tapeis, que ya es tarde.
¿A qué viene tanta priesa?

Que pinteis lo que os dé gana,
á mí nada me interesa.
Yo soi un hombre de bien,
y nunca en estas materias
de chismes estoi versado.
Ademas de eso, ¿quién fuera
tan necio que se extrañase
de que en esta larga ausencia
de vuestro esposo busqueis
un pasatiempo? ¡Qué pena
es preciso que tengais
viéndoos en tierra agena
recien casada, sin trato
de gentes, y.......

Doña Teresa.

¿Luego piensas
que yo busco pasatiempos?

Canuto.

Sin faltar á la decencia
puedo hablaros... por exemplo...:
escuchar desde la reja
al músico enamorado,
que está las noches enteras
sin dexar dormir á nadie
tan solo porque vmd. sepa
que el amor le ha desvelado.

Doña Teresa.

Ya sabes que ni siquiera
abri la ventana.

Canuto.

Pero.....

Doña Teresa.

Basta, Canuto.

Canuto.

Sintiera
enojaros.

Doña Teresa.

De ese modo
las impertinencias dexa,
y retírate.

Canuto.

Está bien:
misterio el retrato encierra.. *Ap. y vase.*

Doña Teresa.

¡No sé qué piense de este hombre!
¿Si servirá con cautela
á ese amante, ó si será
un espía que dé cuenta
á mi esposo.... Yo no sé....
pero sea lo que quiera,
él se encontrará burlado
cuando en este cuadro vea
el retrato de mi esposo. *Lo descubre.*
Sí, querido mio, es fuerza
que te admires cuando halles
que esta esposa te conserva
en su memoria de modo
que te retrata. Perfecta

semejanza.... Me parece
que va á hablar.... Oxalá fuera
posible que por lo menos
me escuchase. Asi pudiera
darle quejas amorosas
por esta prolija ausencia,
y aun por via de consejo
decirle de esta manera:
Es justo tenga cuidado
el amante que está ausente,
pues se expone á ser burlado
si recuerda algun presente
las finezas del pasado.
Tema pues con mas razon
el esposo estas mudanzas,
que el galan, en conclusion,
tan solo pierde esperanzas
cuando él pierde posesion.
Asi diria á mi esposo
si por fortuna me oyera;
y aun me atreviera á citarle
ese galan que á mi reja
suspira todas las noches.
¡Pero qué oigo! gente suena.
Cubramos luego el retrato.

Sale Picard.

Eh bien, madama; ya es cierta

nuestra victoria. Yo supe
el nombre y todas las señas
de ese amoroso, que viene
apenas las once suenan
á cantar sobre la calle.

Doña Teresa.

A mí nada me interesa
saber su nombre.

Picard.

¡Gran Dios!
A vmd. poco le interesa,
é ayer estaba curiosa
infinitamente.

Doña Teresa.

Era
porque me hallaba ofendida
de la dilatada ausencia
de mi esposo.

Picard.

Y vmd. ya
le perdona.

Doña Teresa.

Estoi bien cierta
de que sus negocios son
los que le obligan á ella.

Picard.

Y bien, ¿vmd. qué diria
si supiese que se encuentra
en Madrid?

Doña Teresa.

¡Fernando!

Picard.

Ouy:

é pasa la noche entera
á suspirar á una dama.

Doña Teresa.

No es posible que lo crea.

Picard.

Ouy, madam , yo lo sé.

Doña Teresa.

No lo creo.

Picard.

Sois bien terca.

Doña Teresa.

El español sabe ser
buen esposo; y aunque tenga
el defecto de los celos,
cualquiera muger honesta
le debe disimular
por las demas buenas prendas.

Picard.

¡Oh, siempre defiende vmd.
al español!

Doña Teresa.

Soi ingenua.

Picard.

Yo pienso bien de otro modo.
¡Diablo de nacion! Tan seria

la gente, y todos celosos.

Doña Teresa.

Eso mismo es lo que prueba
lo sincero de su amor.

Picard.

Pero un celoso es un bestia,
que riñe. . . . .

Doña Teresa.

Porque nos ama.

Picard.

Que tiene grandes sospechas
sin causa.

Doña Teresa.

Porque nos quiere.

Picard.

Y toda la noche vela. . . .

Doña Teresa.

Por guardar á la que adora.
Mira, el avaro que ci rra
con cerrojos y candados
su tesoro, que se emplea
en velarle noche y dia,
es porque tiene alli puesta
toda su alma. Asi el celoso,
cuantos mas temores muestra
de perder el corazon
de su dama, mayor prueba
da de su mucho cariño.
En fin, Picard, considera

que ningúno guarda mucho
aquello que poco aprecia.

Picard.

Vmd. tendria gran razon;
pero allá en nuestra tierra
no se ama como en España.

Doña Teresa.

Bien dices: hay diferencia
entre un amante español
y un frances : éste pondera
su amor, le pinta, le ensalza;
pero aquel sin hablar piensa
en él con toda intencion.
Dice el frances sus finezas
riyendo ; y el español
cuando habla á su dama emplea
toda aquella gravedad
que empleára en la materia
de la mayor importancia.
Al español no le alegra
el amor, sino antes bien
le hace taciturno, muestra
huir el retrato de todos,
y hasta la menor sospecha
le irrita : pero estos son
los caractéres de aquellas
pasiones que echan raices
en el alma.

Picard.

¿ Vmd. no piensa

en aquellos epigramas?
¡Oh diablos! A las francesas
él trata terriblemente.

Doña Teresa.

Es cierto: veces diversas
escribió contra nosotras,
juzgando que la franqueza,
propia de nuestra nacion,
tiene en las costumbres nuestras
mucho influxo. Y aun quizá
esto ocasiona que él sea
tan celoso; pero yo
le suelo dar por respuesta
ciertos versos que critican
á los celosos.

Picard.

Quisiera
entenderlos.

Doña Teresa.

Me parece
que dicen de esta manera:
Quien sin razon es celoso,
tema serlo con razon,
pues presenta la ocasion,
que quiere evitar ansioso:
afanado y caviloso
mortifica á la muger;
cosas la hace conocer
que ella no advirtió quizás;
y asi la enseña á ver mas

de lo que debia ver.

Picard.

Brabísimo; pero vmd.
se cansará, sin que vea
su enmienda, y..... tened, madam,
es preciso que vmd. sepa
que ese amoroso que viene
á cantar baxo la reja,
cubierto con su gran capa,
es su esposo mismo.

Doña Teresa.

Dexa
las chanzas.

Picard.

¡Oh! yo no chanzo.
Su marido es quien desea
seducirla.

Doña Teresa.

¿Y con qué fin?

Picard.

Porque quiere hacer la prueba
de su esposa, y asi viene
con su guitarro á la reja;
y con pequeños conciertos
de fandanga, manifiesta
su pasion. Si vmd. le abre
la ventana, luego encuentra
motivo de tomar celos.

Doña Teresa.

Pero, Picard, considera

que ese hombre canta muy bien,
y mi marido estoy cierta
de que no sabe cantar.
Además, ¿cómo pudiera
estar en Madrid, si escribe
desde Sevilla?

Picard.

Sus letras
vienen á Mr. Canuto.

Doña Teresa.

Si, me dixo que eso era
por evitar se extraviasen.

Picard.

Eh, voyla la cosa hecha.
Él coge su sobrescrito,
y la letra que os presenta
está escrita aqui en Madrid.
Es una posta muy buena:
el tal viejo á un golpe de ojo
la Andalucía atraviesa,
la Mancha, y la trae á vmd.
en un instante las letras
de su Mr. D. Fernando.

Doña Teresa.

Lo aseguras de manera,
que casi te voy creyendo.

Picard.

Yo por madam Anacleta
lo supe todo. Canuto
tiene celos de esa vieja:

dice que la hago el amor;
y sin mas que esta sospecha
le coge la celosía.
Cansada de sufrir ella
me contó la grande intriga,
y que esta noche hay dispuesta
la última tentatíva.

Doña Teresa.

Gracioso es sobremanera
hacer tantas tentativas
para enamorar á aquella
que le rindió el corazon.

Dentro suena guitarra.

Picard.

Atencion. Voalá que suena
el guitarro. *Canta dentro*

Doña Teresa.

Será fuerza
el que abrámos la ventana,
pues de esta corta fineza
es acreedor un esposo.

Abre la ventana que está á la izquierda.

Picard.

Alon, madam. Él se empeña
en que le seais infiel.
No negarle esta pequeña
satisfaccion.

Doña Teresa.

Ya verás
como sabré á sus finezas

corresponder..... Sin embargo,
no me asomo, pues quisiera
que me rogase algo mas.

Picard.

¿Pour qua?

Doña Teresa.

Por dexar bien puesta
la reputacion de todas
mis paisanas.

Picard.

Es prudencia
llevar dulcemente el caso:
atender: otra vez suena
ese pequeño concierto:
de nuevo á cantar comienza.

Suena la guitarra. Otra copla.

Picard.

Vmd. va á ver á su esposo
bien embarazado. *Va á coger una luz.*

Doña Teresa.

Espera,
¿qué vas á hacer?

Picard.

¡Oh! yo voy
á sacar esas dos velas
por la fenestra, aclarar
su figura toda entera
y gozar su confusion.

Doña Teresa.

No, Picard, de otra manera

le sonrojaré.

Picard.

Ya parla.

Doña Teresa.

Oigámosle.

. . . .

Picard.

¡Cosa buena!
Él suplica todo baxo
que vmd. le escuche.

Doña Teresa.

Ya es fuerza
Contestarle. . . . . Caballero,
extraño vuestra imprudencia.
¿No sabeis que estoi casada?

Picard.

Entendamos su respuesta.
Soy ansioso de saber
qué dirá. . . . .

Doña Teresa.

Pero la ausencia
de mi esposo no me da
tanta libertad. . . . ¿No espera
vuestra pasion otro premio
sino es el que yo lo sepa?
¡Alabo ese amor tan puro!
Pero ya para saberla
me basta haberos oido.
. . . . ¡Ola! ¿Deseais mas cerca
pintarmela?

Picard.

¿Él hace son?

Las amorosas materias
se tratan muy mal de lejos.
....

Doña Teresa.

Yo con gusto os admitiera
en mi estrado; mas no sé
por donde entreis.... Por la puerta
no es posible ... No señor;
por la ventana es expuesta
la subida; pero en fin,
si quereis, sea enhorabuena.
Cuidado con lo que haceis,
y no os rompais la cabeza
por esta galantería....
¿Por qué me rio? ¿No es fuerza
viendo lo agudo que sois? ....
Eso si, será prudencia
aguardar hasta mas tarde;
ahora está la calle llena
de gente..... Decis mui bien,
las once es hora perfecta
para los enamorados;
pero subid con cautela,
no os vea la vecindad.

Picard.

Los maridos que cortejan
á sus esposas no dan
escándalo............

Doña Teresa.

Estoy muy cierta
de que sois hombre de honor;
de otro modo yo no fuera
con vos tan condescendiente:
hasta luego. .... Si, se queda
mi alma muy agradecida
á vuestras muchas finezas:
abur. *Cierra la ventana.*

Picard.

Queda el ran de vous
admitido ya.

Doña Teresa.

¡Y que sea
mi esposo tan mentecato,
que se persuada que llega
á engañarme!

.... *Picard.*

Los celosos
son cortos de vista: apenas
dé media noche vereis
que viene con toda priesa
á dar el salto al balcon.
Eh bien, si él ahora escribiera
otros ciertos epigramas
sobre las damas francesas
diablos, ¡cómo las pondria!

Doña Teresa.

¿Pero tú crees que venga
como dice?

Picard.

Soy seguro.

Doña Teresa.

Es preciso esten dispuestas
las cosas para su arribo.

Picard.

¡Oh, vos estais bien inquieta!
Se diria que temeis
que os engañe.

Doña Teresa.

Experimenta
mi corazon este instante
un placer, con cierta mezcla
de rabia..... Pero, Picard,
ello, sea como sea,
es agradable á una esposa
verse tratar qual si fuera
una querida.

Picard.

Es verdad.
Y bien, veamos qué intenta
hacer vmd.

Doña Teresa.

Lo primero,
pues que mi marido piensa
entrar en su propia casa
por el balcon, será fuerza
que yo como enamorada
le evite cuanto pudiera
serle peligroso. Quita

esas sillas, esa mesa
y ese retrato.

Picard.

¿Y despues?..........

Látigo dentro.

Doña Teresa.

Despues.... ¿Pero di, no suenan
caballos?

Picard.

¿Si será él?

Doña Teresa.

¿Cómo es posible que venga
si me acaba de citar?

Picard.

Pete etre que á la hora de esta
Se encuentre ya arrepentido.
Madam, si es el que llega,
disimulo: el ojo alegre
y la figura serena;
tal en fin como conviene
que tenga una muger tierna
que atand á su esposo.

Doña Teresa.

Calla,
que Canuto aqui se acerca:
quita al instante el retrato,
porque mi esposo no vea
á su sobstituto.

Canuto.

¡Ola!

sobstituto!

Doña Teresa.

Apriesa,
antes que suba.

Picard.

Allá voy.

Sale Canuto.

Señora, albricias: ya queda
en el portal vuestro esposo.

Doña Teresa.

¡Mi esposo! Baxar es fuerza
á recibirle en mis brazos. *Vase.*

Picard.

Yo alumbraré la escalera. *Vase.*

Canuto.

Quita ese retrato, dixo,
porque mi esposo no vea
á su sobstituto: ¡bueno!
Ya nos puso manifiesta
la trampa; sin duda alguna
que está retratando ella
algun querido que tiene.
Es preciso que lo sepa
mi amo en el mismo instante.

Sale Juanillo.

¿Qué jago de esta maleta?

Canuto.

Dexarla ahi hasta despues.

Juanillo.

Me gusta la providencia.

Canuto.

¿Si será este quien cantaba *Aparte.*
por mi amo? Voy con destreza
á ver si puedo saberlo.
¿Ola, militar, se llega
cansado?

Juanillo.

Mas que un monago
en viernes santo.

Canuto.

¿Fue buena
la marcha?

Juanillo.

Como todas.

Canuto.

¿Anduvisteis muchas leguas
cada dia?

Juanillo.

Los caballos
os pueden dar la respuesta.

Canuto.

¿Ha mucho tiempo que estais
con el capitan Fresneda?

Juanillo

Y dígame vmd., compadre,
¿estudió vmd. en su tierra
para cura?

Canuto.

¡Yo! ¿Por qué?

Juanillo.

Porque exâmina conciencias
perfectamente.

Canuto.

¿Le canso?

Juanillo.

No señor, que me rebienta.
Este tuno anda buscando *Aparte.*
que le diga si fue cierta
la marcha del capitan;
pero á bien que el pobre llega
á puerta cerrada.

Salen D. Fernando, Doña Teresa y Picard.

Don Fernando.

Pon
en el suelo esa maleta,
y marcha luego al cuartel.
Que me aguardes á la puerta. *Aparte.*

Juanillo.

Está bien, mi capitan.

Picard.

Mr. soldado, vmd. venga. *Vanse los dos.*

Don Fernando aparte á Canuto.

¿Dónde está el cuadro que dices?

Canuto.

Ha volado á esa otra pieza.
Ved que es vuestro sobstituto.

Don Fernando.

Silencio. . . . . *Vase Canuto.*

Doña Teresa.

¡Con qué impaciencia
aguardaba este momento!
¿Mas no pudiste siquiera
avisármelo en tus cartas?

Fernando.

No lo hice para que fuera
mayor tu gozo.

Doña Teresa.

Ya estoy.
Los que viajan siempre intentan
sorprender á sus esposas.

Don Fernando.

¿Y qué se sorprenden ellas?

Doña Teresa.

Sentémonos, que vendrás
muy cansado. ¿Cuántas leguas
corriste hoy?

Don Fernando.

No las conté:
ocupado con la idea
de verte, ni aun conocia
lo que andaba.

Doña Teresa.

¡Qué fineza!
Mas sin embargo, Fernando,
es forzoso te reprenda.
Para mostrarme tu amor
no era justo te expusieras
al peligro de viajar

por la noche: todo era
tardar un dia.

Don Fernando.

¿Y es poco
un dia mas, á quien espera
ver á su esposa?

Doña Teresa.

Conozco
que se ama con mas terneza
en tu pais que en el mio.

Don Fernando.

¡Qué descaro! ¿Y de mi ausencia
te pareció largo el tiempo?

Doña Teresa.

¡Bella pregunta! Quisieras
saber todo lo que hice;
pues voy con toda franqueza
á contarlo.

Don Fernando.

¿Todo?

Doña Teresa.

Todo.
¿Podré esperar qne tú seas
tan franco conmigo?

Don Fernando.

Si.

Doña Teresa.

Sin embargo, considera
que suceden tales cosas
á un esposo que está fuera

de su casa, que ya ves
no se pueden todas ellas
contar.

Don Fernando.

Dexemos las chanzas.

Doña Teresa.

Confesion general.... Piensa
en lo mucho que prometes.

Don Fernando.

Lo he pensado.

Doña Teresa.

Oye: apenas
te pusistes en camino,
el tedio que da la ausencia
me comenzó á fastidiar.

Don Fernando.

Demasiado pronto era.

Doña Teresa.

Juzga qué sería despues.
Yo me decia á mí mesma:
son sagrados los derechos
de un esposo, lo que quiera
puede hacer; pero dexarme
sola, en una extraña tierra,
y recien casada.... esto
parece tiene apariencias
de no ser muy favorable
al amor que me profesa.

Don Fernando.

Prosigue.

Doña Teresa.

Viéndome asi
en soledad tan molesta,
me tomé la libertad....

Don Fernando.

¡La libertad! ¿Cuál fue esa
libertad?.... *Se levanta.*

Doña Teresa.

Querido, mira
que estas cansado: bien fuera
que te sentaras.

Don Fernando.

No, no:
continúa: ¿cuál fue esa
libertad que te tomaste?

Doña Teresa.

¡Oh! si te enojas....

Don Fernando.

Me quema. *Aparte.*
¿Qué libertad te tomaste?

Doña Teresa.

La de prorumpir en quejas
contra tí.

Don Fernando.

¿No mas?

Doña Teresa.

Escucha.
Fastidiada de tu ausencia
comencé á echar menos....

Don Fernando.

¿El qué?

Doña Teresa.

El trato, las concurrencias;
y en fin, pues quieres lo diga,
adverti que mi terneza
y mi amor iban á menos.

Don Fernando.

Muy bien. ¿Y despues?

Doña Teresa.

Justo era
que me emplease en buscar
distracciones que pudieran
divertirme.

Don Fernando.

Y por supuesto
que las hallaste.

Doña Teresa.

Contempla
que esto en España no es facil.

Don Fernando.

Con efecto, hay diferencia
entre Madrid y Paris.
Aquella corte es tan buena
para una esposa que quiere
distraerse. . . .

Doña Teresa.

Cualquiera tierra
tiene diversiones propias;
y Madrid no está sin ellas.

Don Fernando.

Pero debes suponer
que una esposa que se queda
sola, por mas que desee
distracciones, nunca piensa
sino en su esposo.

Doña Teresa.

¿En qué otro
pudiera pensar?

Don Fernando.

Que ella
es incapaz de dar oidos
á las amantes finezas
de un galan.

Doña Teresa.

¿Quién duda eso?
Veo que por esas tierras
donde has andado habrás visto
mugeres que. . . . .

Don Fernando.

Vi una de ellas,
que cansada, como tú,
de la dilatada ausencia
de su esposo, prestó oidos
á las mentidas finezas
de un galan.

Doña Teresa.

¡Ola! ¿Eso viste?
Bien digo yo, cosa es cierta
que se adelanta muchísimo

viajando.

Don Fernando.

¡Cuál se chancea! *Aparte.*

Alguna vez me escribiste
que aliviabas tu tristeza
dibuxando.

Doña Teresa.

Florecillas.

Don Fernando.

Tuviera gusto de verlas.

Doña Teresa.

Las borraba en el instante.

Don Fernando.

¿Y por qué?

Doña Teresa.

No salian buenas.

Don Fernando.

Pues tú sabes dibuxar.

Doña Teresa.

No tenia la cabeza
para nada.

Don Fernando.

Ya; seria
por el dolor y la pena
de no verme.

Doña Teresa.

Te aseguro
que no me era tu presencia
en extremo necesaria
para que pintar pudiera

con acierto.

Don Fernando.

Es increible *Aparte.*
este descaro.

Doña Teresa.

Contempla
que es tarde, y vienes de un viage
dilatado: mejor fuera
que te acostases.

Don Fernando.

Primero
tengo yo que salir.

Doña Teresa.

¿A estás
horas? ¿Tan tarde?

Don Fernando.

Es preciso.
Esta noche he de dar cuenta
de mi comision.

Doña Teresa.

Lo extraño.

Don Fernando.

En la tropa son estrechas
las leyes.

Doña Teresa.

Ya lo contemplo.

Don Fernando.

Y mi obligacion. . . . . .

Doña Teresa.

¡Oh! esa

es sagrada. Esposo mio,
vete pues, no te detengas:
cumple con tu obligacion,
y cuida que sea la vuelta
cuanto antes.

Don Fernando.

Te aseguro
que en extremo me interesa.
Me ha conocido, no hay duda: *Aparte.*
todas estas indirectas
de nuestra conversacion
claramente manifiestan
que sabe soy el autor
de las músicas. No, ella
pretende darme algun chasco,
y es preciso estar alerta.
Pero ese maldito cuadro. . . .
Voyme á pensar una treta,
para que burlada quede. *Vase.*

Doña Teresa.

Eh, ya marchó á la pelea
el exército enemigo.
Gracioso es sobremanera
ver á un marido empeñado
en sitiar su casa mesma,
y tomarla por asalto.

Sale Picard.

Monsieur marchó.

Doña Teresa.

Norabuena.

Picard.

Y bien; veamos un poco:
¿qué se ha de hacer cuando vuelva?

Doña Teresa.

Dexarle entrar.

Picard.

Sa va bien:
mays, madam, yo quisiera
ver un petit tour de ingenio
por burlarle.

Doña Teresa.

Sí, mi idea
es divertirme á su costa.
Mira, quita de esta pieza
las luces.

Picard.

¿Pour qua, madam?

Doña Teresa.

Porque en materia
de estas citas amorosas,
es de precisa etiqueta
la obscuridad.

Picard.

Soy contento:
marchará sobre tinieblas
vuestro esposo.

Doña Teresa.

Su retrato
alumbrado con dos velas
pondrás en mi gabinete;

pues yo quiero que en él sea
donde entre mi esposo.

Picard.

¡Bravo!
voy con grande diligencia
á hacerlo.

Doña Teresa.

Si, date prisa,
no sea que nos sorprenda.

Picard.

Veremos qué figura hace
allá con sus grandes velas.

Obscuro. Se entra las luces al foro donde está el retrato.

¡Ola! Mr. D. Fernando,
vmd. parece se encuentra
convertido en Santo; pero
á vmd. le falta paciencia
para serlo. *Dentro dan dos palmadas.*

Doña Teresa.

Con efecto:
despacha, que hace la seña.

Picard poniendo el cuadro.

¡Oh diablos, qué pronto vino!

Doña Teresa.

Yo me retiro: tú queda
encargado en recibirle.
Dile aquello que tú quieras;
condúcele al gabinete,
y al punto cierra la puerta,

echando el cerrojo.

Picard.

¿Y luego?

Doña Teresa.

Ya lo verás, que la seña

Repiten dentro otras dos palmadas.

repite, y no quiero yo
impacientarle.

Picard.

Yo á medias
sé el plan. Eso sí, la tos *Tose Teresa.*
es una cosa muy buena
para estos lances. ¡Qué diablos!
Los amorosos se encuentran
siempre con el coustipado.

Doña Teresa.

Yo me retiro: tú observa
las órdenes que te he dado.

Picard.

Tout de suyt.... Voyla, que llega,
vamos á ser confidentes.

Entra Juanillo por la ventana.

Mr., pasar á esta pieza,
y atenderá en breve rato
la venida de su bella.
Aunque mi amo es muy celoso,
Madam doña Teresa
es astuta como un diablo.
Yo entiendo de estas pequeñas
aventuras, y los dos

le engañamos. Nada tema:
yo espero será contento
cuando sepa la fineza
con que le sirvo. ¿Vmd. calla?
¿no me dice tan siquiera
bien obligué?.... Por las señas
conozco que vmd. no gusta
hablar conmigo.... Si fuera
en lugar de un confidente
una bella confidenta,
vmd. gastára su tiempo
con gusto, ¿eh? Alon, apriesa.

Entra Juanillo.

Ya está en la trampa el paxáro;
y ahora cierro yo la puerta
porque no vole. *Cierra.*

Dentro Doña Teresa.

¿Canuto?
¿Picard?

Picard.

¡Ola! ¿con qué idea
serán estos grandes gritos?

Dentro Doña Teresa.

¿Canuto?

Sale Canuto, y tropieza con Picard.

Allá voy.

Picard.

Vmd. vea
por donde core.

Canuto.

¡Qué diablos
he de ver, si está la pieza
obscura!

Picard.

Eh bien, por lo mismo
no se core.

Sale Doña Teresa.

¡Qué paciencia!
¿Adónde estabais metidos?

Picard.

Yo, madam....

Doña Teresa.

¿Y que no hay velas
en casa?

Picard.

Ha sido el gran viento,
que las apagó.

Doña Teresa.

Encendedlas
en el momento.

Canuto.

Allá voy... *Vase.*

Picard.

Veremos lo que hará ella
con su prisionero: el chasco
será gracioso por fuerza.
Ya trae Mr. Canuto
la chandelle.

Sale Canuto con luz.

Doña Teresa.

Poned la mesa,
que quiero cenar.

Picard.

¿Cenar?

Canuto.

¿Decis que ponga la mesa?

Doña Teresa.

Si.

Picard.

Pero.... yo no entiendo *Ap.*
su intencion.

Canuto.

¿Con que la cena
quereis?

Doña Teresa.

¿Por qué lo extrañais?

Canuto.

¿Sin aguardar á que venga
mi amo?

Doña Teresa.

Ya es tarde, y no quiero
aguardarle.

Canuto.

Quizás vuelva
al instante.

Doña Teresa.

Obedecedme.

Picard.

El demonio que la entienda. *Aparte.*

Alon: ¿Voy á dar ayuda
á vmd.? : . . . .

Canuto.

Dásela á tu abuela,
que yo no la necesito. *Vanse los dos.*

Doña Teresa.

Despachaos. ¡Qué extrañeza
les causa el ver que me pongo
á cenar! Si mis ideas
supiesen, no lo extrañaran.
Señor celoso, vmd. sepa
que por hoy se acostará
sin cenar; y pues se empeña
en poner sitio á su casa,
tambien es ley de la guerra
que yo le quite los víveres.

Salen Canuto y Picard con platos.

Canuto.

¿Con quién habla?

Picard.

Las francesas
gustan de hacer soliloquios
cuando tienen hambre.

Canuto.

Es bella
costumbre. Pero mi amo
cómo tarda tanto..... y ella
que aguardaba á su galan.....
Yo no lo entiendo.

Picard.

Está puesta
la tabla.

Doña Teresa.

Santa palabra.

Canuto.

¿Pero, señora, vmd. cena
sin esperar á su esposo?

Doña Teresa.

Los viageros mas desean
acostarse que cenar.

Picard.

Sela é bre.

Canuto.

Pero pudiera
ser que mi amo.......

Doña Teresa.

Habrá comido
en la posada.... ¡Qué bella
perdiz! Toma este aloncito. *A Picard.*

Picard.

Alon, madam.

Doña Teresa.

Es fineza
por lo mucho que te estimo.
Canuto, como se empeña
en aguardar á su amo,
no querrá probar siquiera
un bocado... Ola, amiguito,
¿no está vmd. bien? *Golpes dentro.*

Canuto.
¿Quién golpea?
Doña Teresa.
¿No lo sabes?
Canuto.
¿Yo, de dónde?
Doña Teresa.
Vaya, no te hagas de nuevas.
Picard.
Es un paxáro enjaulado.
Doña Teresa.
Mi esposo es: el miedo dexa;
y da gracias que tambien
no te encierro, pues tú eras
su confidente. .... Da golpes; *Golpes.*
pero no esperes la cena
por esta noche. .... La cama;
y eso será como sea.
Canuto.
Pero, señora, yo estoy
como un lelo.. ...¿En esa pieza
vuestro esposo?
Doña Teresa.
Disimula
que lo sabes; mas no creas
que me engañas.
Canuto.
¿Con que á vmd.
le parece?....

Doña Teresa.

Picard, llega
ese plato.

Picard.

¡Oh! estos, los
calabacinos rellenas.

Doña Teresa.

¿Calabacines? me gustan. *Golpes fuertes.*

Picard.

Voyla monsieur, que á la puerta
demanda sus calabazos.

Doña Teresa.

Bien fuera que se las diera,
pues un necio de justicia
las merece. Si, golpea; *Golpes.*
todo es en vano.

Sale D. Fernando.

Picard.

¡Oh Mondieu!

Doña Teresa.

¡Mi esposo!

Canuto.

¡Mi amo!

Doña Teresa.

Estoy muerta!

Don Fernando.

¡Ola! ¿qué estabas cenando?
¿no respondes? ¡Qué sorpresa
os ha causado mi vista!

Picard.

¡Como no llamó á la puerta
Monsieur!

Don Fernando.

Tengo picaporte:
¿á que he de llamar? ¿Qué tiemblas?
Toma el sombrero.

Picard.

Alla voy.

Don Fernando.

¿Cómo has pedido la cena
sin aguardarme?

Doña Teresa.

Lo dixe.....

Picard.

Madama tiene jaqueca.

Don Fernando.

Madama no necesita
que otro responda por ella.

Picard.

Guy monsieur. Este hombre es brujo:
¿cómo, cerrada la puerta, *Ap.*
ha salido?

Doña Teresa.

Esposo mio,
mi turbacion.....

Don Fernando.

Es la muestra
de que estás arrepentida.
Vaya, siéntate á la mesa

y cenemos.

Canuto aparte á D. Fernando.

Que hay un hombre
encerrado alli.

Don Fernando.

¿Te sientas?

Doña Teresa.

No me hallo con apetito.

Don Fernando.

Sin embargo, aunque no sea
sino por acompañarme.

Doña Teresa.

Obedezco. *Se sienta.*

Don Fernando.

Si tú hubieras
corrido lo que he corrido,
mas apetito tuvieras.

Canuto aparte á él.

No os chanceeis: mirad que un hombre
hay encerrado en la pieza.

Don Fernando.

Como que voy á cenar
grandemente.

Canuto.

De esta hecha
me vuelvo loco. . . . ¡Mi amo *Ap.*
se pone con tal paciencia
á cenar, y no hace caso
de nada!

Don Fernando.

¡Muger, si vieras
qué embrollos y laberintos
ha motivado mi ausencia
en el regimiento! Vaya,
si cuando un hombre se ausenta
de su casa, á la venida
solo se halla travacuentas
y embrollos.

Picard.

Doble sentido *Aparte á ella.*
tiene la frase.

Doña Teresa.

Estoy muerta.

Picard.

¡Oh, madam! el golpeador *Ap. á ella.*
paréce calla.

Doña Teresa.

Dios quiera *Ap. á él.*
que no repita los golpes.

Picard.

¿Quién podrá ser?

Doña Teresa.

Anacleta
te engañó. . . . . ¿Qué hombre será ese?

Don Fernando.

Picard, llega la botella.

Picard.

Alla voy. . . . ¡Gran Dios!

Golpes, y dexa caer la botella.

Don Fernando.

¿Qué es esto?

Doña Teresa.

Amado esposo, no creas
que yo.....

Don Fernando.

¿Qué golpes son estos,
Picard?

Picard.

¿Yo?.... ¡Qué ojos me echa!
¿Adónde me esconderé?

Doña Teresa.

Esposo, las apariencias
engañan.

Don Fernando.

Yo no te entiendo.
¿Quién es quien llama á esa puerta?

Canuto.

Aqui hay un lance.

Don Fernando.

Responde.
Pero esa turbacion mesma
me dice....

Doña Teresa.

¡Esposo!

Don Fernando.

Yo mismo
lo veré.

Doña Teresa.

Mi muerte es cierta:

huyamos.......

Vase corriendo; él corre detras.

Don Fernando.

Eso queria.

Picard.

¡Oh monsieur! tener clemencia
de madam. ¡Mas qué diablos!
él se rie.

Canuto.

Y á la mesa
se sienta.

Don Fernando.

Vamos cenando.

Canuto.

Señor, ¿y aquel que golpea?

Don Fernando.

Será un galan de mi esposa.

Canuto.

¡Alabo vuestra paciencia!
Vaya, él se ha vuelto frances.

Don Fernando.

Picard, llega otra botella;
y mira que no la tires
como la otra ¿Qué tiemblas?

Picard temblando.

¿Yo?...... *Golpes.*

¡Qué hombre imprudente!

Don Fernando.

Caballerito, vmd. vea
que estoy cenando; despues

trataré de sobremesa
ese punto. . . . . *Golpes.*

Canuto.

No parece
que le gusta tanta flema.

Picard.

Ved un hombre bien extraño,
que tiene ahora tanta priesa
porque le maten.

Don Fernando.

Los postres.

Canuto.

Estos son. *Golpes.*

Don Fernando.

¡Oh, no creyera
que fueseis tan imprudente!
Vaya, os abriré la puerta
ya que os empeñais. *Abre, y sale Juanillo.*

Canuto.

¡El asistente! Todo era
chasco y no mas.

Juanillo.

Entre vmd.,
y se verá con candelas
como un muerto. *Se asoma D. Fernando.*

Don Fernando.

¡Mi retrato
es aquel!

Picard.

Madam Teresa

le pintaba ocultamente.

Don Fernando.

¡Qué amor tan fino! *Aparte.*

Ya es fuerza
que brindemos celebrando
su habilidad.

Juanillo.

Eso era
lo que buscaba llamando:
vi se trataba de cena,
y yo tengo mucha hambre;
con que llamaba á la puerta
porque me tocase algo.

Don Fernando.

Bien hecho.

Picard.

Maldito seas
tú con tu hambre: ¡qué susto
nos has dado!

Don Fernando.

Toma esta
pechuga.

Juanillo.

Asi como asi,
ha dado Doña Teresa
los alones al franchute.

Don Fernando.

¡Ola! ¿qué daba finezas
á su criado? Ya es justo
que de la misma manera

obsequie al mio. Canuto, toma.

Canuto.

Sea en hora buena,
y me alegro no haya alones,
que hartos oigo yo en la lengua
de ese Mr.

Don Fernando.

Pues ahora
no ha de probar tan siquiera
un hueso.

Picard.

Es bien astuto.
¡Quién esta burla creyera!

Don Fernando.

¡Ola! ¿hablas solo?

Canuto.

Dexadle:
me ha contado que en su tierra
divierten asi la hambre
con soliloquios.

Juanillo.

¡Qué buena
moda para los soldados!

Dentro Doña Teresa.

Abre, Fernando.

Don Fernando.

No creas
tal cosa.

Juanillo.

Mi capitan,
no la abra vmd. tan siquiera
porque queria dexarle
sin cenar; y aun dixo ella
que en cuanto á la cama habria
sus intríngulis.

Don Fernando.

Paciencia,
y aguante su encierro.

Dentro Doña Teresa.

Abre.

Picard.

Monsieur, ya basta de fiestas.

Dentro Doña Teresa.

Abre, ó alboroto el barrio.

Don Fernando.

Juanillo, ¿qué me aconsejas?
¿la abriré, ó no?

Juanillo.

Si señor;
ábrala vmd. esa puerta;
que al fin, como dixo el otro,
el hombre es hombre, y las hembras
son mugeres.

Canuto.

Tuvo el otro
mucha razon.

Juanillo.

Tan siquiera

que coma los postres.

Don Fernando.

Bien;
por ser los postres, que venga.

Sale Doña Teresa.

No soy tan humilde yo,
que reciba por fineza
los postres. *Se sienta enfadada.*

Don Fernando.

No quiere vmd.
acompañarme á la mesa?

Doña Teresa.

No señor.

Don Fernando.

Mira, Juanillo,
asi las damas francesas
obsequian á sus maridos.

Juanillo.

¡Oh, señor, son cosas esas
de estrangis..... *Comiendo.*

Doña Teresa.

Mira, Picard,
los españoles se empeñan
en subir por las ventanas
á sus casas.

Picard.

Eso era
por estrangis.

Don Fernando.

Si ellos suben,

solo es porque las francesas
los abren.

Doña Teresa.

Y cuando suben
¿qué es lo que en su cuarto encuentran
sino su propio retrato?

Don Fernando.

¿Y ellos qué damas obsequian,
sino sus propias esposas?

Canuto.

Señor, dexaos de cuentas:
todo lo que ha sucedido
es por estrangis. Bien fuera
hacer las paces.

Doña Teresa.

Por mi
le declaro eterna guerra,
pues duda de mi constancia,
y llegó á tener sospechas
contra mi honor.

Don Fernando.

Eso no:
á pesar de la apariencia,
siempre te juzgué inocente.

Doña Teresa.

¿Pues á qué fingir la ausencia,
y andar rondando mi calle?

D. Fernando.

¿Y á qué tienes la imprudencia
de abrir sin saber á quién?

Doña Teresa.

Si abri la ventana, era
por saber que tú me dabas
las músicas.

Picard.

Anacleta
me contó la grande intriga.

Canuto.

¡Ola, tales confidencias
tiene mi esposa con él!

Doña Teresa.

Informada de la pena
que me daba el ver ausente
á mi esposo, fue prudencia
aliviarmelas, contando
su maliciosa cautela.

Don Fernando.

Esa cautela que llamas
maliciosa, fue una prueba
de lo mucho que te estimo.
Conoci que estabas cierta
de que yo era quien rondaba
la calle; y con la sospecha
de que tratabas de darme
algun chasco que sirviera
para enmendarme, dispuse
que ese soldado subiera
en mi lugar.

Juanillo.

Si señora:

siempre Juan soldado lleva
el peligro, y la victoria
es del capitan: yo era
quien cantaba aquel jaleo,
y estaba la noche entera
llamando á vuestras ventanas.

Doña Teresa.

Vuestro capitan debiera,
pues conoce mi virtud,
no exponerse á tales pruebas,
que me han ofendido mucho.

Don Fernando.

Bien dices. Pero esta ofensa
lleva en sí misma el perdon.

Doña Teresa.

Le concedo muy de veras.

Juanillo.

Toquemos la retirada,
pues las paces ya estan hechas.

FIN.

Errata. En la pág. 3, verso 2.°, donde dice *sin riego de que me vean*; léase *sin riesgo de que me vean.*

siempre, junta soldado [illegible]
el peligro, y la victoria [illegible]
es del capitan [illegible]
quien [illegible]
y cuando la [illegible]
llamando á [illegible]

Doña Teresa [illegible]

Vuestro capitan [illegible]
pues conoce mi virtud [illegible]
no exponerse á [illegible]
que me han [illegible]

Don Francisco. [illegible]

Bien dices. [illegible]
lleva en el mismo [illegible]

Doña Teresa.

Le concedo muy de veras [illegible]

Juanito.

Toquemos la retirada [illegible]
para las paces ya estan hechas. [illegible]

FIN.

Errata. En la pág. 3, verso 11, donde
de dice [illegible] léase
el luego, de que [illegible]


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm